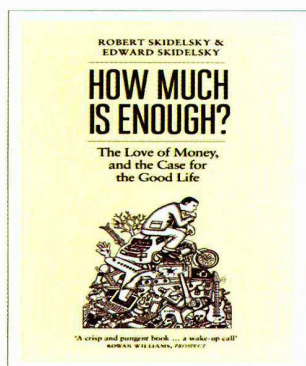


<b>Medio</b>	Revista Mensaje
<b>Fecha</b>	2-2-2013
<b>Mención</b>	Libros. Comentario de “.cl textos de frontera” de Ediciones Universidad Alberto Hurtado.



Robert y Edward Skidelsky

*How much is enough. Money and the good life.*

Other Press, Nueva York, 243 páginas.

Robert Skidelsky, reconocido especialista en el pensamiento y obra de John Maynard Keynes, y su hijo filósofo, Edward, toman como punto de partida el ensayo “Las posibilidades económicas de nuestros nietos”, escrito por el economista inglés en 1930. Este predecía allí que en cien años las necesidades de la población quedarían cubiertas, en unas tres generaciones, trabajando menos de quince horas semanales. Sin embargo —aun cuando el ingreso ha subido, como él predijo—, hoy los ricos trabajan más de lo que debiesen, y los pobres menos de lo que necesitan.

Los autores analizan por qué falló este pronóstico y proponen como solución la “vida buena”. En la base de esta negativa situación está la búsqueda insaciable de bienes superfluos que el mundo de la imagen y la publicidad promueven, en un contexto de orfandad social donde poblaciones inermes no pueden confrontar ni cuestionar posiciones que se señalan desde la economía y la política.

El libro distingue los conceptos de trabajo y ocio. Al primero lo valoriza por lo que produce y porque nos obliga a socializar con otros. Pero también lo denuncia como escape a una vida sin vínculos, o como mero instrumento para mantener un consumo compatible con el estatus a que se aspira. Al segundo lo entiende como una actitud activa, sin trasfondo económico inmediato. Lo que se busca no es ocio para ver más televisión, tomar más cerveza o asistir a las carreras de galgos. Se trata de un tiempo para desarrollar otras capacidades y talentos pero, sobre todo, para construir relaciones humanas profundas y de colaboración social. ¿Qué interfiere en este propósito? La insaciabilidad. De acuerdo con la sentencia de Epicúreo, “nada es suficiente para quien lo suficiente es demasiado poco”.

Los autores se preguntan por el origen de este deseo desmedido. Lo trazan desde el Renacimiento —siglo XVI— con la exaltación y uso de las pasiones humanas para gobernar, las que no hay que reprimir sino que aprovechar. El príncipe sabio, escribe Macchiavello, trata a las personas como son y no como debiesen ser; explota sus veleidades e hipocresía para conseguir sus fines. La prueba de la virtud en política es el éxito, no la bondad. En el siglo XVIII el uso de las pasiones con fines útiles, evolucionó a la economía. Bernard de Mandeville (1670-1733) —el Macchiavello de la economía— es otro que también asegura ver a las personas como son y no como los moralistas sostienen debiesen ser. En su obra *Vicios Privados, virtudes públicas*, incita el desarrollo de las pasiones, transformando lo malo en bueno. El fraude, el lujo y el orgullo se convierten en virtudes al movilizar a la envidia y, detrás de esta, a poblaciones enteras en la dirección de la innovación y el progreso. Su pensamiento es claro: se puede tener riqueza y vicios, o pobreza y virtud, pero no riqueza y virtud. Y la pregunta es desafiante: ¿qué prefieren? Este modo desaprensivo de tratar los vicios chocó medio siglo más tarde con el puritanismo inglés, presente en un sector social que no asumió sin más sus planteamientos. Entonces lo que hicieron fue redefinir virtud y vicio. David Hume señalaba que era una contradicción hablar de vicios cuando se estaba enfrente de palancas poderosas que promovían el progreso. El término avaricia se modificó progresivamente hasta transformarse en el conocido “interés propio”. Desprovisto el dinero de su oprobio, Adam Smith tomó la delantera. En su obra *La riqueza de las naciones* presenta a los seres humanos movidos por un deseo de mejorar y señala que ellos, ante

condiciones de competencia, concurren movidos por una suerte de “mano invisible” a la promoción del bien público. La moral tradicional había concebido a la sociedad como una empresa consagrada al bien común. En contraste, para Smith se trata puramente de un nexo causal entre individuos que se preocupan de sí mismos. Dios, a quien Smith llamaba el “Gran Director del Universo”, puso en movimiento la máquina del mundo, dejando que el amor a sí mismo —el interés propio— trabaje por su progreso. El mecanismo central de Mandeville —la transformación de los vicios privados en beneficio público— siguió viviendo en “la mano invisible” de Smith, purgado de su aire demoníaco por el simple expediente de redefinir vicio como una cualidad natural inocua. Esta confusión audaz, sostienen los autores, se va asentando por doquier y encuentra también expresión en la literatura y citan específicamente el *Fausto* de Goethe del siglo XIX. Fausto reafirma el concepto implícito en el razonamiento de los economistas de la *felix culpa*. Dios manda al mundo (Fausto) al demonio (Mefistófeles) para sacarlo de su sueño. Con la ayuda de Mefistófeles, Fausto realiza toda clase de perversidades, pero al final su alma se va al cielo porque se ha esforzado grandemente. La elevación de Fausto a héroe refleja —según los autores— el debilitamiento de la ortodoxia cristiana con su prohibición absoluta de practicar el mal, puesto que se insinúa que tratando con el diablo se puede terminar como ganador. La idea central que se deriva de esta obra es que se progresa al margen de la moral, lo que constituye un legado funesto al pensamiento moderno, donde las nociones de mal y bien se debilitan.

En tanto, la idea de la buena vida no forma parte de la discusión pública actual, donde lo que prima es la capacidad de elegir, la eficiencia y la protección de derechos. Los autores constatan el esfuerzo de muchos profesores que tratan de interesar a sus alumnos en temas éticos y que reciben por respuesta que se trata de “simples opiniones”. En la sociedad actual se ha liberado el deseo de adquirir sin límites. No existe una buena vida; la manera de diferenciarse

es consumir “tanto como”, o “más que”, los otros.

¿Cómo se puede explicar la eclipse de la buena vida? Una primera respuesta es el asentamiento del mal como elemento de progreso, una segunda, el rompimiento con la comunidad. Predominan la arbitrariedad, el interés propio y la conveniencia.

A juicio de ambos, las últimas dos décadas han visto el triunfo en el mundo de dos escuelas de pensamiento cuya tendencia combinada ha sido reforzar la erosión de los conceptos mismos de bien y mal. Por una parte, las modernas teo-

rías liberales y, por otra, los economistas neoclásicos. Ambas escuelas han establecido prácticamente un monopolio en el discurso público, forzando a las tradiciones éticas más antiguas a una posición marginal o contra cultural. Califican como negativa la imposición de la idea de John Rawls sobre la neutralidad de Estado, la que impediría entrar al fondo de los problemas, dominando en la discusión pública tecnicismos de todo tipo.

Asimismo, ven en la disciplina de la economía —tal como se enseña— un factor desmoralizante de la vida pública, que se niega a establecer una diferencia entre necesidades y deseos. Habiendo descartado el concepto de una vida buena, no tiene sentido insistir en esta distinción: Necesidades y Deseos, o Necesidades y Lujos.

Lo que tienen en común ambas tradiciones de pensamiento —el liberalismo post Rawls y los economistas neoclásicos— es que ambos excluyen preferencias por diversos estilos de vida. No tie-

nen objeciones a las elecciones que cada cual hace. Pero esta concesión es menos generosa de lo que parece, considerando que somos seres sociales y que la vida buena es una vida en común.

Según los Skidelsky, la sociedad necesita un cambio urgente. Haciendo referencia al libro de Alasdair MacIntyre —*Después de la virtud*— afirman que la sociedad se encuentra en un estado de grave desorden moral y es incapaz de reconocer esta situación, en parte porque aún perviven fragmentos de antiguos sistemas morales, aun cuando estén separados de los esquemas conceptuales que les daban coherencia.

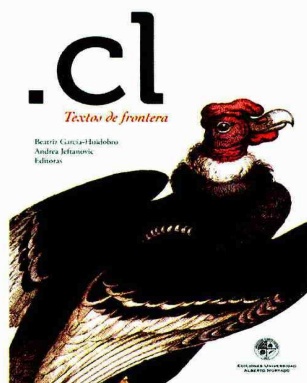
Los autores reclaman coraje político para reestablecer el centro de gravedad perdido. Es llamativo encontrar en un libro de estas características la afirmación de que, de los antiguos sistemas morales aún disponibles, el más completo lo constituye el pensamiento social católico, convenientemente resumido en doce encíclicas papales, desde *Rerum Novarum* en 1891 hasta *Caritas in Veritate* en 2009. Subrayan los Skidelsky que no se necesita ser católico para apreciar el valor de estos documentos. Destacan que la Iglesia católica ha estado siempre abierta a lo mejor del pensamiento pagano. Su defensa de la propiedad, sus conceptos de precios y salarios justos, su condena a la avaricia y a la usura, le deben tanto al pensamiento aristotélico como al evangelio.

Es interesante también la observación de que Dios puede sacar bienes de allí donde haya males. No puede hacerlo el hombre, que, bajo ninguna circunstancia y pretexto, puede realizarlo.

Un comentario final. El libro ofrece un sustento notable a la Carta de los obispos chilenos de septiembre recién pasado. Tal como señalan estos, vivimos en una sociedad que nos ofrece medios y no fines, y donde se trabaja activamente para desorientar el sentido de compromiso. La diferencia, y la nota distintiva, es que los documentos episcopales no pierden optimismo porque tienen siempre en cuenta la garantía de que el Espíritu de Dios está presente y actúa en la historia.

Rodrigo Pablo





García-Huidobro,  
Beatriz, y Jeftanovic,  
Andrea (eds.)

*.cl Textos de frontera*

Ediciones Universidad  
Alberto Hurtado,  
Santiago, 2012,  
516 páginas.

El concepto de frontera en esta antología del cuento chileno contemporáneo abre múltiples posibilidades semánticas. Geografías, territorios, grupos sociales, diferencias de género y orientación sexual, razas, ideologías, realidad o fantasía, locura y razón, las fronteras de lo interior y lo externo, los confusos bordes familiares son solo algunas de las infinitas formas que vienen a la mente y que, de alguna manera, han quedado plasmadas en los cuarenta y cinco relatos que integran *.cl Textos de frontera*. Es un libro cuyo contenido no da cuenta únicamente de la manera en que este grupo de escritores enfrentó el desafío de pensar los límites, sino también —y ello hace especialmente interesante el ejercicio— la forma en que un grupo no menor y representativo de nuestra narrativa más reciente escribe y configura imaginarios sobre lo que es Chile en el marco de sus propias fronteras geográficas y políticas, como también articula la mirada que desde dentro imaginamos que existe desde un afuera.

Pensar fronteras es pensar en los límites y pensar en esos límites —duros o blandos— obliga a reflexionar sobre las identidades. De alguna manera, tal análisis parece ineludible por cuanto incluso en el proceso histórico de eliminación de fronteras, a través de la globalización, el reconocimiento de derechos de algunas minorías, la apertura de espacios de integración más amplios y de distinta naturaleza, termina siempre dominado por la tendencia a la diferenciación, la búsqueda de nuevas identidades, límites, fronteras más, o menos, legítimas que las anteriores. Todo parece indicar que en el gesto vital, hasta en la manifestación más primaria de la existencia, fusión y división son procesos permanentes en los que

el camino de la indiferenciación a la individuación es inevitable.

La existencia de los límites es, así, la posibilidad de una identidad, del acaecimiento de hechos que dan lugar y nacimiento y muerte; es la delgada línea que dibuja el canto de una moneda separando y uniendo dos caras que se afirman y niegan: el uno y el otro, la clave indispensable para el diálogo y la puesta en movimiento de la rueda del sentido.

Y en *.cl* esto queda claramente de manifiesto, desde el momento en que los cuarenta y cinco escritores chilenos generan la frontera fundamental entre el silencio anterior a la escritura y la apertura del significado que conforma su palabra escrita, la posibilidad de la lectura, quedando un retrato multidimensional, reticular, polimorfo, en los que el retrato de Chile parece uno de esos cuadros cubistas donde la figura retratada está fragmentada en planos que muestran la unidad y división, la identidad y diferencia dentro del conjunto.

Chile no es un país amable consigo mismo. Tenemos una mirada oblicua y de palabra esquivada que se fuga hacia lo poético, lo críptico, la crudeza descriptiva, el humor aparente que encubre un sarcasmo desencantado. Nuestros escritores no hacen concesiones, buenos narradores de esa Nueva Extremadura en la que las percepciones son experiencias límite. Los de *.cl* son relatos abruptos y secos, poéticos y abstractos, precisos y melancólicos; cuentos chilenos en los que las visiones resultan laberínticas, hijas de un territorio de dificultades, repleto de fronteras y límites que han definido identidades que crecen escondidas, como las tres cuartas partes del *iceberg* o las raíces de una araucaria. En estos textos emana el conflicto, se dibuja la diferencia, se traza la iden-

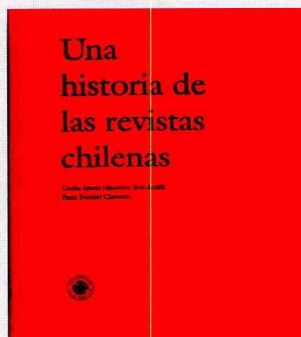


tividad: de familias con lazos enredados; de la pobreza de nuestras clases media y baja, aun sumidas en la sima profunda de una grisura que anula toda esperanza; de las marginalidades de género, orientación sexual y raza, con los conflictos de poder y dominación que les van asociados y los subterfugios con que se articulan sus sobrevivencias; la edad y la enfermedad, como la frontera que aísla de la prestigiosa juventud, de la salud impredecible. En estos cuentos nos miramos a nosotros, a los otros (los exóticos cercanos o lejanos) y miramos el secreto escondido que es la intimidad de cada uno y permite reconocer la verdad de la frase de Zenón, el entrañable personaje del *Opus Nigrum*, de Marguerite Yourcenar, cuando dice: “Soy uno, pero en mí hay multitudes”. O se plasma el sueño y la vigilia, en un país donde el primero ha sido muchas veces el refugio para la memoria traumatizada de una sociedad que aprendió de las heridas profundas que deja una dictadura.

La lectura de estos cuentos muestra un bosque amplio de árboles nativos: compacto, resiliente, orgulloso y porfiado; también nos permite mirar cada uno de sus árboles de ramas enrevesadas y troncos fibrosos. Tenemos narradores sólidos en Chile, fragmentos de un todo en el que la palabra muestra tanto las cicatrices de la pobreza, de la discriminación, de una geografía generosa pero complicada, de la brutalidad dogmática de un conservadurismo heredado, inveterado, como la capacidad de reinventarse, de sobrevivencia y también de autoengañarse en la complacencia de un éxito económico pobremente redistribuido, manipuladoramente proclamado.

Suele decirse que “para muestra un botón”. En este sentido, de una antología de calidad homogénea, destaco los autores cuyos cuentos marcaron especialmente mi viaje por este excelente libro: Jelfanovic (“El ojo de Watana-be”), Bisama (“POZO”), Missana (“Tajo abierto”), Zambra (“El 34”), Prado (“Así”), Wilson (“Boy”), Costamagna (“Cachipún”), Labbé (“La cortina transparente”), Sutherland (“Mantis religiosa”), Rimsky (“Mi noche junto a una cala negra”), García-Huidobro (“Fatiga de material”), Mihovilovich (“Función de teatro”), Elphick (“Felicidad en blanco y negro”), Fernández (“Space Invaders”) y López Aliaga (“La voz”). Dejo a ustedes descubrir los secretos enredados en sus palabras.

Javier Edwards Renard



García-Huidobro,  
Cecilia, y Escobar,  
Paula

*Una historia de las  
revistas chilenas*

Ediciones Universidad  
Diego Portales,  
Santiago, 2012, 178  
páginas.

Picarescas y de actualidad, deportivas y femeninas, culturales y magazinescas, en toda la gama y de todos los tiempos. Coloreadas y bien ilustradas. Reprimidas y enaltecidas; “cunas” de escritores y espacios de creación para periodistas, fotógrafos, ilustradores y primerizos. Toda la variedad y buena parte de lo que ha existido en Chile. De corta duración. Cerradas hace décadas y sobrevivientes hasta el día de hoy.

Esto es lo que contiene en términos generales este extraordinario, entretenido y bien documentado libro-registro de las autoras y también periodistas-investigadoras Cecilia García-Huidobro y Paula Escobar.

Lo más importante —sin desmerecer el valor personal y profesional de ambas— es el completo trabajo realizado, en que no dejaron pasar prácticamente ninguna revista desde el siglo XIX hasta el presente.

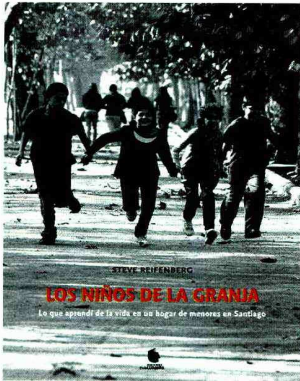
El recorrido de sus páginas resulta fascinante, completo y equilibrado. Lo cierto es que *Una historia de las revistas chilenas* —donde por cierto también se incluye esta prestigiosa revista *Mensaje*— era un trabajo aún pendiente, que se ha puesto en circulación como un buen material para estudiantes de periodismo, historiadores e incluso lectores con curiosidad por la prensa de buena parte del siglo XX. La obra recopila material referido a revistas como *Qué Pasa*, *Chile Ilustrado*, *Zig-Zag*, *Ercilla*, *Sucesos*, *Pacífico Magazine*, *Ya (El Mercurio)* y *Ahora*, entre muchas otras.

La investigación de Cecilia García-Huidobro y Paula Escobar, que naturalmente contó con “destacados periodistas que nos relataron experiencias de vida y nos entregaron informaciones valiosas”, según señalan en los agradecimientos de las primeras páginas, es un trabajo digno de destacar. Lo es más en un momento en que se ciernen dudas sobre la industria editorial y no sabemos cómo se resolverá aquello de la posible muerte del texto impreso, el predominio del soporte digital o la persistencia de cierta indiferencia de los lectores. Por lo tanto, bien nos hace a las generaciones contemporáneas (sobre todo, a las de periodistas y editores jóvenes y, a veces, algo indocumentados) conocer lo que hemos sido en el pasado para pensar con más antecedentes en el futuro.

Todo este trabajo demuestra, por lo demás, que siguen existiendo publicaciones periódicas que deben proyectarse. Que así sea.

José Santiago Arellano





Steve Reifenberg

---

*Los niños de La Granja*

---

Ediciones De la Lumbre, Santiago, 2012.

---

Varias circunstancias me unen con Steve Reifenberg y con gran alegría he vuelto a leer su libro. Nuevamente me he conmocionado. Cuánta vida de verdad contada desde la realidad y no desde la fantasía o creatividad de un escritor. En primera persona, el autor nos introduce a un mundo rico, pleno y doloroso, repleto de aprendizajes demoledores y con una admirable diversidad de íconos anónimos de la justicia.

Hoy la calle polvorienta de lo que era La Granja —donde llegó Steve acompañado de Nathan en 1982— está asfaltada, y allí nos instalamos también con mi esposa y nos quedamos formando nuestra familia (con seis hijos) a partir de 1988. A pesar de los años, releer cada línea de *Los Niños de La Granja* es sentir como que ellos volvieron a nuestra calle y adquirieron nueva vida. Es magnífico y encarnado el relato de Steve, la descripción de su ambientación tan prolija y sensible, los colores y olores, las estaciones del año y el trabajo de la tierra, los acontecimientos de la capital de Chile y sus calles, micros, vendedores, negocios, escuelas, hospitales, etc.... Las tristezas y falta de oportunidades siguen anunciándose con esa letanía de dolores infinitos que someten, oprimen e ignoran al más desprotegido, excluido y en pobreza material, pero donde también se encumbran una fortaleza y un deseo de vivir sin límites.

Para comenzar, el autor en este viaje a Chile nos ofrece encontrarnos con seres extraordinarios, muy queridos por él, que lo enriquecieron desde un relato sincero, sencillo, vital y esperanzador. Dadas las circunstancias y su trabajo posterior como profesor, recorría Santiago desde sus extremos geográficos y sociales en bicicleta, lo que representa una historia sabrosa, particular y conmovedora.

Él nos habla de quiebres, como el familiar, el existencial-vocacional, el político-social y el valórico. En su caso, el primero es con sus raíces familiares, con esa inercia que él desea frenar, atreviéndose a dar un giro para edificar desde ese “nuevo mundo” una identidad propia; es una ruptura apta para hacerlo crecer.

Bienvenida existencia precaria, vulnerable y “con sentido”... anuncia Steve al llegar

al Hogar Domingo Savio, de La Granja. Es un segundo quiebre total, escrito por él en medio de su búsqueda de sentido. Recibe pinceladas de una Iglesia católica diversa, Olga y el cura Louis, un atisbo de las huellas del padre Gerard Whalen de la Congregación de la Santa Cruz, esos trapenses silenciosamente comprometidos (el padre George), la iglesia de Santa Rosa en la que escucha los testimonios de torturados, el Comité Church, sus mismos estudios en la Universidad Católica y su posterior estadía en la Vicaría de la Solidaridad. La vida puede ser diferente y los sueños siempre cuesta construirlos ya que implican a la propia vida.

Su nuevo quiebre, más político-social, lo tendrá en este Santiago de inicios de los años ochenta de la mano de los “Familiares de Detenidos y Desaparecidos”, en las imágenes televisivas del dictador y en sus discursos, en las protestas sociales y huelgas nacionales, y en lo que pudo escuchar y conocer del MIR, el FPMR, la policía y la CNI. El quiebre institucional de Chile desde 1973 (con absoluta responsabilidad del mundo político y la sociedad de la época) abría zanjas sociales que se transformarían en abismos; la ruptura sería dolorosa y en este contexto no pasa inadvertida para Steve la presencia e influencia de los “Chicago Boys”, con sus incoherencias y desprovistos de un cuerpo ético necesario para toda ciencia social que interviene en política. Este es un nuevo quiebre que lo acompañará en todo el recorrido de esos años y que marcará luego su existencia.

Steve nos plantea una nueva mirada acerca de la realidad y el compromiso social, menos discursiva/denunciante y más vital y comprometida con la entrega personal, vinculada con la defensa de la dignidad de las personas.

Gracias, Steve, a ti y a todos quienes te formaron; gracias a tu familia. En estas páginas confirmas con lucidez que las personas y comunidades que viven en exclusión social y pobreza son nuestros verdaderos maestros. Con ellas, por ellas y para ellas vale la pena servir y dar la vida.

**Benito Baranda**

Los autores reclaman coraje político para reestablecer el centro de gravedad perdido. Es llamativo encontrar en un libro de estas características la afirmación de que, de los antiguos sistemas morales aún disponibles, el más completo lo constituye el pensamiento social católico.

.....

